



JUAN ANDRÉS SOTO

La fragilidad institucional en Venezuela

# Transición, incertidumbre y futuro político

Arturo Sosa A., s.j.\*

El *chavismo sin Chávez* no es posible. No se trata ya de la presencia física de Hugo Rafael Chávez Frías, sino de la referencia simbólica insustituible en que se ha convertido su figura para un movimiento político imposible de distinguir sin hacer esa vinculación

La fragilidad institucional, reflejo de la inestabilidad política agudizada por la enfermedad que aqueja al presidente Hugo Chávez, y la agudización de la polarización, escenario que favorece las conductas extremas, han sido los signos del comienzo del período presidencial 2013-2019. ¿Podrán las fuerzas civiles –chavistas y no chavistas– mantener el rumbo con el timón en sus manos durante esta transición?

## LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN VENEZUELA

La sociedad venezolana experimenta, desde hace algunos meses, una compleja transición política. Comprender su carácter y posibles características es un desafío al pensamiento político. Muchos factores atentan contra pensar políticamente la política como base del diseño de una actuación coherente con un proyecto de país consistente. La incertidumbre sobre el compromiso de que sea la política el ámbito de ac-

tuación de los que ejercen o aspiran ejercer el poder en la actual coyuntura venezolana es uno de los más importantes factores actuales de riesgo. La tentación de las armas –pasar de la política a la guerra– aparece muy atractiva para quienes se resisten a pensar la política y abrir sinceramente las puertas del diálogo con el reconocimiento de todos los actores en juego.

Al parecer el presidente Chávez ha estado muy consciente de la fuerza de la tentación de abandonar la política. Lo demuestra su insistencia en señalar el camino constitucional como el modo idóneo de hacer realidad el deseo de adelantar una revolución pacífica que pueda apelar al amor como su fuerza motivadora. El llamado a la unidad de las fuerzas que sostienen su proyecto, hecho con dramatismo en circunstancia tan difícil, no solo busca evitar una lucha intestina en el polo patriótico sino la aceptación del camino pacífico y constitucional de todos quienes dicen seguir su liderazgo.

La pregunta sobre la disposición de los actores políticos de atenerse a lo prescrito en la Constitución de 1999 no es retórica en el momento que vive la sociedad venezolana. El abanico de interpretaciones del texto constitucional lo muestra como adaptable a la visión de las posiciones polarizadas, para terminar en decisiones mejor apegadas a la correlación de fuerzas que al derecho. Despejar esta incógnita es, literalmente, de vida o muerte para el sistema político y para muchos venezolanos. El costo humano y social de una confrontación entre hermanos para mantenerse o hacerse con el poder por la fuerza es tan alto como para hacer temblar solo de imaginar su posibilidad.

No es extraño, por tanto, que se genere una creciente sensación de incertidumbre ante *lo que nos viene*. La transición de la sociedad venezolana es lenta como ha sido lento el proceso de pérdida de legitimidad del Sistema Político de Conciliación de Élités y Partidos Políticos y lento el proceso de dar con el camino de construir una nueva legitimidad política. Lentitud que se hace aún mayor cuando la gobernabilidad se convierte en la urgencia que hay que atender a costa de avanzar en la búsqueda de la necesaria legitimidad. Gobernabilidad que se pretende asegurar por la imposición unilateral de la mayoría electoral interpretada como hegemonía política justificada.

Recordando a los pensadores políticos clásicos podemos estar en presencia de uno de los mayores riesgos de la democracia cuando el ejercicio del voto se desliga de la función de buscar el bien común para asegurar el predominio de los intereses de un grupo de la sociedad. Este riesgo se conoce como *tiranía de la mayoría*. La polarización política produce, como una de sus más nefastas consecuencias, la pérdida del horizonte compartido (bien común), creando las

condiciones para hacer de la mayoría de votos el fundamento de la tiranía del polo favorecido con ellos, cerrando los espacios a la participación de las minorías, por numerosas que estas sean, en las decisiones políticas de todos los niveles.

Una transición tan prolongada tiene otro riesgo político. A la población más joven, la que se incorpora a la vida política en los últimos quince años, el punto de partida aparece tan lejano y sin contornos precisos que se les hace difícil conectarse con el proceso histórico de largo plazo. Los no tan jóvenes contaminados de las actitudes anti-políticas, adquieren esa misma visión cortoplacista y simplificadora de los procesos sociales complejos en marcha. Si a ello se une que también el horizonte futuro se presenta con contornos difusos, es inevitable la sensación de inseguridad e incertidumbre. Pasar por encima de la Constitución o abandonar la política se les aparece como la posibilidad de encontrar *soluciones* a corto plazo, aunque sean falsas en el mediano y largo plazo sobre todo si se plantean desde una posición democrática.

Es cuando el lenguaje de la revolución pacífica, *pero armada*, las afirmaciones del vicepresidente de que *está en marcha una revolución militar* o como el *amor puede convertirse en rabia para resistir* o del ministro de la Defensa prometiendo que la Fuerza Armada *es socialista* y dará continuidad a la revolución en cualquier escenario, dejan de ser figurativas para convertirse en amenaza de imposición forzosa de un modelo de gobierno, de Estado y de país que no ha sido el fruto del laborioso camino del diálogo y la negociación política, rompiendo abiertamente con el carácter de *revolución del amor*, simbolizada en el corazón, avalada por los triunfos electorales, pretendido por la conducción de Hugo Chávez.

#### LA REVOLUCIÓN ES CADA VEZ MÁS CHAVISTA QUE BOLIVARIANA

El *chavismo sin Chávez* no es posible. No se trata ya de la presencia física de la persona de Hugo Rafael Chávez Frías, sino de la referencia simbólica insustituible en que se ha convertido su figura para una propuesta y un movimiento político imposible de distinguir sin hacer esa vinculación. Un bolivarianismo *sui generis* ha derivado en un proyecto político asociado indisolublemente tanto a la figura de Chávez como al ideario considerado *chavista*.

Hace al menos un año, tanto Chávez como el grupo que lo acompaña de cerca saben que no volverá a ser físicamente el mismo como consecuencia de la enfermedad que lo aqueja. Más aún, desde el punto de vista político, los vaivenes de la enfermedad han contribuido a alimentar la característica del líder que no se guarda

nada para sí mismo sino se consume hasta gastar su propia vida en una entrega total a la búsqueda del bienestar del pueblo. Va pasando del líder indiscutido del proyecto, con un modo personalista de gobernar, al *héroe*, mito político aglutinador de sus seguidores, *padre y maestro* de quienes ejercen el Gobierno en su nombre, e imprescindible para la sociedad (*corazón de la patria*). El *socialismo* que se proclama pretende significar todo lo bueno de las aspiraciones sociales: amor por el pueblo, justicia social, antimperialismo, combate al dominio de las élites, seguridad, calidad de vida, futuro para niños y jóvenes. Se presenta, además, como rescate histórico de la revolución bolivariana, traicionada después de que se logró con ella la emancipación de la monarquía española. Pretende convertirse en la realización de la auténtica independencia soñada por Bolívar.

La evolución de la salud del *líder-héroe* de la revolución chavista-bolivariana influye determinantemente en el modo como se desarrolle el culto al héroe y en el papel que jueguen los sacerdotes, *hijos-discípulos*, del nuevo mito político. Mientras viva Hugo Chávez su palabra es imprescindible e inobjetable. Su desaparición abriría las puertas a los intérpretes, con todas sus consecuencias.

De allí la importancia del dedo apuntado exclusivamente sobre Nicolás Maduro el 8 de diciembre de 2012, incluso desoyendo el consejo de sus asesores cercanos de no señalar todavía candidato a la presidencia en caso de ausencia suya. Hugo Chávez conocía perfectamente su estado de salud y anticipó la posibilidad de ser sustituido tanto como muchos dentro del chavismo. La necesidad del apoyo de la Fuerza Armada al proyecto para su subsistencia, hace que se dirija expresamente a ella para asegurar el camino que ha señalado para todos sus seguidores. Hugo Chávez es consciente de mantener al pueblo movilizado a través del partido (PSUV), y sus aliados, como la otra pata de la tenaza en la que se soporta la hegemonía sobre toda la sociedad. A eso se refiere la *unidad* una y otra vez invocada. Es Nicolás Maduro quien ha recibido la responsabilidad de mantenerla y lograr que sea esa unidad cívico-militar la que se convierta en el pueblo que encarna la figura del héroe, padre de la revolución del siglo XXI.

#### ADMINISTRANDO EL MITO CHAVISTA

La propuesta democrática en el siglo XX no logró culminar el proceso de la *despersonalización* de la política. La proliferación de *caudillos* en el siglo XIX y los *gendarmes necesarios* en la primera mitad del siglo XX, tendrían que haber sido sustituidos por el pueblo organizado en los partidos políticos. Sin embargo, los partidos no pudieron dejar de ser asociados a las perso-

nas de sus fundadores o de sus *líderes máximos*. El Sistema de Conciliación de Élite y Partidos Políticos favoreció las negociaciones entre grupos pequeños (*cogollos*, fueron llamados en el argot político venezolano) antes de la consolidación de organizaciones populares como mecanismo de participación política amplia y plural, especialmente para los sectores pobres de la población. El agotamiento del sistema de partidos, entre otras cosas, abrió las puertas al regreso del seguimiento a un mesías personalista que, vistiendo uniforme militar, promete realizar, ahora sí, la obra de los héroes patrios.

Para los que quieran verlo, el chavismo ha ido bastante más allá de debilitar la institucionalidad. Ha venido estableciendo una institucionalidad alternativa en muchas áreas, *paralela* a la existente, con la intención de sustituirla a la brevedad posible. La institucionalidad militar es uno de los mejores ejemplos de este proceso. La Fuerza Armada existente en la actualidad parte de una concepción distinta a la de 1999, cuenta con otra legislación, nuevas funciones, armamento surtido desde otras fuentes y una vinculación ideológica al socialismo chavista, gritada en consignas y voceros cuidadosamente elegidos para proclamar su lealtad no solo a su Comandante en jefe, porque es presidente de la República, sino a las ideas del líder del proyecto, con o sin él al frente. El llamado poder popular, su dependencia del Gobierno central y su estrecha relación con el partido de masas (PSUV), es otro ejemplo en el ámbito civil.

Los resultados electorales, además de avalar el carácter pacífico y participativo del proyecto, le ha dado al chavismo mayoría en la Asamblea Nacional y control sobre veinte de las veintitrés gobernaciones de Estado. A ello hay que sumar el control sobre los consejos legislativos estadales y la mayor parte de las alcaldías y concejos municipales del país. Los nombramientos, en todos los niveles de los poderes Judicial, Ciudadano y Electoral siguen como principal criterio la lealtad al líder y su proyecto político.

El Estado cuenta no solo con los cuantiosos recursos de la renta petrolera sino que ha engordado su dimensión económica al estatizar unidades productivas en todos los sectores de la economía. Recursos que le han permitido diseñar y mantener políticas sociales con un positivo impacto en los sectores de menores recursos de la población del campo y la ciudad. Políticas que han multiplicado las expectativas de mejorar sus condiciones de vida a los sectores populares, en sintonía con la cultura política rentista profundamente arraigada en toda la sociedad venezolana. Políticas que han logrado una permanente relación de las instancias del Gobierno y las estructuras del partido, en muchos casos imposibles de diferenciar, con buena parte de la población, apoyadas, además, con





AFP

un aparato de propaganda cuidadosamente diseñado y ejecutado masivamente con constancia.

Con Hugo Chávez físicamente disminuido pero crecido como referencia simbólica, la consolidación de la hegemonía política del chavismo-bolivariano depende de la conformación de un equipo político y de Gobierno capaz de encarnar el mito político chavista-bolivariano, en clave carismática. El propio líder señaló a quien debería encabezarlo, Nicolás Maduro. ¿Los componentes del mosaico chavista, en el que coexisten ideas e intereses diversos, mantendrán la cohesión necesaria para llevar adelante el proyecto?, ¿por las buenas o por las malas?

### DE LA POLARIZACIÓN AL PODER POPULAR

Solo superando la polarización es posible generar alternativas políticas al chavismo-bolivariano. Un escenario polarizado lo favorece ampliamente además de que justifica la negativa al diálogo social y la negociación política. Los medios de comunicación tradicionales y las redes sociales han ampliado el espacio para la expresión polarizada haciéndola aparecer como la única realidad política, acallando las numerosas expresiones e intentos de fortalecer la política como ámbito de conciliación de intereses diversos, reconocidos como legítimos.

No es justo asumir que todo voto por el chavismo es anti-democrático y todo voto en contra es democrático. Esa no es la *división* real del país. Es perfectamente legítimo que un buen sector del electorado identifique al chavismo con la democracia; puede considerarse incluso como parte del legado de los partidos populistas.

Tanto en el imaginario político popular venezolano como en su definición teórica, la democracia política está estrechamente vinculada a la justicia social, condición para construir un pueblo de ciudadanos en el que todos encuentren no solo lugar y canales abiertos, sino las condi-

ciones humanas y sociales para participar en la toma de decisiones políticas en igualdad de condiciones.

Construir una alternativa democrática que pueda adquirir legitimidad política requiere ubicarse en el terreno compartido en el que todos puedan sentirse protagonistas de la tarea prioritaria de abolir la pobreza y la discriminación. Profundizar la democracia en Venezuela significa, al mismo tiempo, dejar atrás el rentismo y educarnos en una cultura de la productividad para aprovechar los recursos naturales y humanos en la construcción de una sociedad justa.

¿Podremos encontrar en el corto plazo ese terreno común, empezar a pensar, crear y discutir alternativas políticas que garanticen la democracia con justicia social? ¿Podremos volver a sintonizar con el bien común como la condición para realizar los intereses particulares? ¿Dedicaremos las energías y el tiempo necesario para impulsar y acompañar los procesos de organización popular de los que nazca ese *poder popular* capaz de mantener con el voto la orientación de la sociedad y el Estado a la consecución del horizonte compartido?

---

\*Rector de la Universidad Católica del Táchira.